
EL FENOMENO SECTARIO EN EL CONTEXTO SOCIO-POLITICO LATINOAMERICANO ESPECIALMENTE EN EL BRASIL

SUMÁRIO

Jesús Hortal, sj

Doctor en Derecho
Canónico, Rector de la
Pontificia Universidad
Católica de Rio de Janeiro,
Brasil.

Há uma profunda mudança sociológica em andamento. Os povos latino-americanos, que eram em sua maioria esmagadora católicos, hoje se deparam com o fenômeno de um forte pluralismo religioso, um acontecimento que, longe de ser passageiro, se afirma como uma realidade inevitável. O que inicialmente parecia algo estranho e folclórico, limitado a uns poucos indivíduos, hoje é uma experiência cotidiana com a qual temos que contar.

Uma análise do fenômeno das seitas no contexto sócio-político latino-americano, especialmente no Brasil é o que pretende este estudo.

INTRODUCCION

Hay un profundo cambio sociológico en curso. Nuestros pueblos, que eran y presumían ser cien por ciento católicos, se encuentran delante del fenómeno del pluralismo religioso, que no es un acontecimiento pasajero, sino que, cada vez se afirma más como una realidad inevitable. Lo que, al principio, parecía ser algo extraño y folclórico, limitado a unos pocos individuos, hoy es una experiencia cotidiana con la que tenemos que contar, incluso si no nos gusta. El fenómeno no me parece que se restrinja al Brasil, sino que, de un modo o de otro, se presenta en toda América Latina. En algunos casos, como en Guatemala, Chile y Brasil, de un modo más acentuado; en otros, como en el Ecuador, más lentamente. Como no dispongo de datos ciertos sobre todo el continente, me limitaré a examinar más profundamente el caso brasileño, que me parece ser paradigmático. No olvidemos que el Brasil representa más de la tercera parte de América Latina, tanto demográfica cuanto territorialmente. Daré inicialmente algunos datos estadísticos¹, para examinar después las causas y consecuencias de los fenómenos observados.

En el transcurso de un siglo, el Brasil ha pasado de una unanimidad nominalmente católica para una realidad extremadamente plural. En

¹Sobre este tema, he publicado diversos trabajos, entre los que me cabe destacar: "Panorama e Estatísticas do Fenômeno Religioso no Brasil", en *A Igreja Católica diante do Pluralismo religioso no Brasil (I)*, Col. Estudos da CNBB, n. 62, p. 9-24; *A Igreja e os Novos Grupos Religiosos*, Col. Estudos da CNBB, n. 68; "As novas Tendências religiosas: suas Causas y Consequências", en *A Igreja Católica diante do Pluralismo Religioso no Brasil (III)*, Col. Estudos da CNBB, n. 71, p. 203-224; "Abordagem teológico-pastoral", en AA.VV., *Novos Movimentos Religiosos na Igreja e na Sociedade*, Edições Ave Maria, p. 69-86.

1890, un año después de la proclamación de la República, que acabó con el régimen de unión entre Iglesia y Estado, 98,9% de los brasileños se proclamaban católicos, aunque la práctica religiosa dejase mucho que desear. A partir de ese momento, la proporción de católicos ha seguido una curva constantemente declinante, con acentuaciones más profundas en los años 60 y 80, reflejando, sin duda, las tendencias generales de cambio social de esas dos décadas. En la actualidad, de acuerdo con las encuestas del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE), los católicos nominales del Brasil no pasan de ochenta y tres por ciento. Tal vez no sean más que ochenta por ciento². Los evangélicos, tanto los de las iglesias históricas como los de las pentecostales y fundamentalistas, deben estar alrededor de quince o dieciséis por ciento³. Los cinco o seis millones restantes se confiesan explícitamente espiritistas, afro-brasileños, judíos o seguidores de cultos orientales. En las grandes ciudades, al responder a sondeos de opinión, del tipo Gallup, aparece también un porcentaje significativo (en algunos casos llega hasta el dieciocho por ciento) de los que se declaran "sin religión". Sin embargo, al ver las respuestas a los entrevistadores de los censos oficiales, da la impresión de que ese ser "sin religión" significa, la mayoría de las veces, la falta de práctica religiosa y no la negación de una adscripción que hace años se realizó a través del bautismo y no fue revocada. La proporción de ateos teóricos - otra cosa sería la de los "prácticos" - es ínfima, casi diría irrisoria.

Sin embargo, los datos de que disponemos son realmente fragmentarios e incompletos. Casi todas las estadísticas de carácter religioso se basan en sondeos de opinión hechos por muestreo. Dada la complejidad de un país continental como el Brasil, es muy difícil, para no decir imposible, que el resultado de esos sondeos refleje la verdadera imagen religiosa del Brasil, aunque sí nos da una visión clara de los factores y las tendencias que se encuentran en juego. Hay, además, un factor complicador, que no es recogido por ninguna

² El último Anuario Estadístico de la Iglesia Católica, publicado con fecha de 1994 por el Vaticano, da todavía 86% como el porcentaje de católicos en el conjunto de la población brasileña, pero se trata evidentemente de datos atrasados.

³ Como es lógico, los evangélicos se atribuyen un porcentaje más alto que el que resulta de los censos oficiales. Sin embargo, les falta cualquier base estadística seria.

estadística: el fenómeno, tan frecuente, de la doble inserción religiosa de los brasileños. Son muchos los que van habitual u ocasionalmente el domingo a la iglesia católica y que los viernes no dejan de visitar el *terreiro* de un culto afro-brasileño, sin faltar esporádicamente a los cultos de Iglesias pentecostales que prometen curas, milagros y soluciones inmediatas para problemas de todos los tipos. Y si, de la práctica religiosa, pasamos para el campo de las creencias explícitas, deberíamos preguntarnos hasta qué punto podemos hablar de verdaderos católicos, protestantes o espiritistas. ¿Quién acepta cien por ciento el credo o la doctrina moral que le son propuestos por la Iglesia de que se proclama miembro? ¿Cuántos católicos brasileños creen en la reencarnación? ¿Cuántos que dicen que son espiritistas aceptan el papel redentor de Cristo? ¿Cuántos evangélicos participan, en verdadera actitud de fé, en las misas de séptimo día o visitan los santuarios católicos para pedir gracias? Esta es la primera constatación: actualmente, no basta hablar de pluralismo religioso en la sociedad. Tenemos que reconocer que también existe un pluralismo de creencias y actitudes en el interior de los propios individuos.

1: LO NUEVO Y LO VIEJO EN EL ACTUAL PLURALISMO RELIGIOSO

La actual diversidad religiosa no es un hecho tan reciente como podría imaginarse, aunque se haya manifestado, en nuestro medio, en tiempos relativamente recientes. Sin duda, las raíces más profundas de la actual fragmentación se podrían encontrar en la Reforma y las bases más inmediatas en la Ilustración. Si miramos con atención nuestra historia, podremos ver que, en los dos últimos siglos, la ruptura de la unidad religiosa se ha procesado en tres etapas progresivas, que podrían ser resumidas en tres frases: 1) Cristo sí, Iglesia no; 2) Dios sí, Cristo no; 3) realidad espiritual sí, pero no necesariamente Dios. Esas etapas, que originalmente se pueden observar en la Historia religiosa de Occidente a partir del siglo XVIII, podemos decir que, de algún modo, se reprodujeron, en un contexto diferente, entre nosotros, en los últimos decenios.

En la Era Moderna, se comenzó por negar, en nombre de la libertad, la fidelidad a una Iglesia determinada; más concretamente,

a la Iglesia Católica. Son, sobre todo, los autores de la Ilustración los que van a insistir en la elaboración de una religión natural, desvinculada de cualquier adscripción confesional. En ese momento, no se ataca explícitamente la fe, sino los lazos institucionales y jerárquicos. Incluso una buena parte de los ilustrados hacen declaraciones genéricas de fe cristiana, al mismo tiempo que rechazan la fidelidad a la Iglesia establecida. También hemos vivido ese momento histórico en América Latina. De algún modo, una actitud semejante, aunque sin la virulencia teórica de los ilustrados, se reproduce en nuestro tiempo, debilitando los lazos religiosos institucionales. Entre los autotitulados evangélicos, por ejemplo, hay una conciencia difusa de que el "denominacionalismo" es un mal, porque, para más allá de las claras diferencias doctrinales existentes, habría una "Iglesia evangélica", capaz de acoger a todos. Y entre los epígonos de la Nueva Era se afirma que lo que importa es el "movimiento" y no la organización. Eso nos muestra que el factor organizativo y jerárquico, por lo menos teóricamente, aunque casi nunca lo sea en la práctica, es considerado secundario. En ese sentido, se puede observar claramente el fenómeno de la constante transmigración entre las diversas Iglesias pentecostales. La adhesión temporal a una o a otra no se da en función de la doctrina o de la predicación moral, sino de la mayor o menor atracción del pastor que la rige, unida a otros factores externos, como la proximidad geográfica o la presencia en la congregación de personas conocidas.

Sin embargo, no siempre se para en el debilitamiento o la negación de los lazos institucionales. En buena lógica, si la adhesión a una Iglesia ya no es un hecho tan relevante, no se ve la razón de por qué se debería conservar la fidelidad a Cristo, garantizador de la permanencia de la misma Iglesia. Por eso, en una segunda etapa, los representantes de la Ilustración dejaron de ver a Jesucristo como fundador de una Iglesia y lo encararon únicamente como un personaje, importante sí, en la Historia y la evolución de la Humanidad, pero no único e insustituible. De ese modo, su divinidad, su papel salvífico, su sacrificio redentor perdieron significación y, en consecuencia, pasaron a ser ignorados o negados. Lo que inicialmente era sólo insinuado, llega entonces a ser abiertamente proclamado. Lógicamente, así se pasó a procurar substitutivos para el vacío religioso abierto. Serán, por ejemplo, el culto del Ser Supremo, o el de la diosa Razón, incluso en su forma positivista. Ese proceso

también se puede observar en nuestro medio contemporáneo con la entrada de los movimientos religiosos de cuño oriental, espiritista o simplemente neopagano. ¿No es verdad que la mayoría de los que adhieren a ellos continúan a mirar a Jesucristo como una figura admirable, pero sin ningún papel verdaderamente salvador? ¿Y no es verdad también que todos esos nuevos cultos se pretenden arropar con el manto de la racionalidad y de la modernidad, incluso si, en el fondo, son profundamente irracionales?

Pero tampoco se para por ahí, porque, al negar el lugar insubstituible de Cristo en el horizonte religioso, se acaba suprimiendo la intermediación de Dios, tan característica del cristianismo. Al desaparecer entonces el "Dios con nosotros", el "Dios en sí" pierde importancia y significación. Cada vez se aleja más de nosotros y deja de entrar en nuestras preocupaciones cotidianas. Nada ilustra mejor esa evolución que la historia de la Masonería francesa: pasó del iluminismo más acentuado, con su religión natural y deísta, para la supresión de cualquier referencia religiosa y hasta el ateísmo explícito. Y como, de acuerdo con el viejo dicho filosófico, la naturaleza tiene horror del vacío, en los medios masónicos franceses se acabó por buscar un substitutivo: el humanismo ateo. Se pasó entonces a combatir todo lo que se opusiese a ese nuevo ideal. El anticlericalismo de la III República francesa, como, algo más tarde, el de la II República española, fueron extremadamente radicales y discriminatorios. En el desarrollo reciente de nuestra realidad, no se llega casi nunca a esa negación formal de la Divinidad, pero sí a un alejamiento creciente de ella, especialmente en la práctica del día a día. De hecho, eso equivale a una reyección. La consecuencia inmediata, que estamos viendo, es que la gente se va atrás de cualquier novedad, especialmente de las de carácter mágico, que pueda substituir en la mente humana a la Divinidad. El punto de llegada es la fragmentación religiosa actual.

Esa triple etapa, que acabamos de describir, puede quedar disfrazada por lo que se ha dado en llamar "el nuevo sagrado", saludado por muchos como un renacimiento del sentimiento religioso. ¿Lo es realmente? Mucho me temo que no. Lo que se busca ahí no es necesariamente la realidad *sobrenatural*, sino sólo una dimensión *transcendente* de la vida, que parece necesaria para poder romper los estrechos moldes de nuestro universo racionalista y utilitario. Sin

embargo, me parece precipitado afirmar que en el "nuevo sagrado"; especialmente en los fenómenos conocidos como *Nueva Era*, haya un tendencia religiosa legítima. Con efecto, la religión, en el sentido que tradicionalmente se ha dado a esa palabra supone un reconocimiento explícito de una Divinidad, ante la cual la persona humana toma una actitud de adoración, respeto y servicio. Realmente, es difícil encontrar tal actitud en los nuevos movimientos, digamos "de cuño espiritual", para llamarlos de algún modo. Por eso, creo que las denominaciones "nuevos movimientos religiosos"⁴ o "nuevas tendencias religiosas", actualmente muy usadas, son ambiguas y heterogéneas, porque, bajo esos nombres se engloban fenómenos muy diferentes entre sí. Sin duda, peor sería hablar, como también se suele hacer, de "misticismo" o de "movimientos místicos", falsificando el sentido de esa experiencia profunda de Dios que es la mística.

Por eso, prefiero hablar simplemente de "nuevos movimientos de cuño espiritual", para englobar ahí todos los fenómenos de búsqueda y contacto con el trascendente, sea cual sea la realidad que se le atribuya. Hagamos además una aclaración: el adjetivo *nuevos* tiene una amplitud mayor de lo que podría imaginarse a primera vista, porque se refiere no sólo a los grupos surgidos en los últimos años, sino a todos los fenómenos semejante a los descritos que se originaron o fueron importados a la sociedad occidental de raíz cristiana (básicamente, Europa y las Américas) durante los dos últimos siglos, pero que se alejan substancialmente de la corriente principal del cristianismo. Hablo de "movimientos de cuño espiritual" porque el denominador común, como ya he indicado, es el reconocimiento de una realidad extra o suprasensible, aunque no necesariamente divina. Lo nuevo en ellos no se encuentra precisamente en sus orígenes remotos. De hecho, para darse una cierta respetabilidad histórica, pueden invocar raíces cristianas, budistas, musulmanas o hindúes. Sin embargo, todos ellos son

⁴ Esa denominación - "Nuevos Movimientos Religiosos" (NMR) - aparece, por ejemplo, en la Relación del Cardenal Arinze ante el Sínodo Extraordinario de 1991. También en la adoptada por la FIUC, en una serie de seminarios intercontinentales, en 1992, de entre los cuales participé en el de Quito, referente a América Latina.

predicados actualmente bajo formas nuevas, que se alejan substancialmente de la corriente principal de las respectivas religiones históricas.

2. UN ENSAYO DE TIPOLOGIA

En el momento actual, en la búsqueda del trascendente, podemos distinguir tres tendencias básicas: 1) las *religiones* propiamente dichas, tanto nuevas como viejas, aunque aquí, como hemos dicho, nos ocuparemos sólo de la "nuevas"; 2) los *movimientos cúltricos*; y 3) la *magia*⁵. Debemos evitar confusiones entre esos tres planos diferentes. Sin duda, el cuadro se complica en la práctica, al considerar que, por causa de las tendencias sincréticas, tan comunes en nuestro medio, las fronteras entre los tres tipos citados son borrosas y fluidas. ¿Dónde termina, por ejemplo, la religión y dónde comienza la magia? ¿Por qué llamamos a un grupo "religión" y a otro "movimiento cúltrico"? Los límites no están claramente definidos, por lo que no es difícil detectar movimientos en los que se superponen y mezclan elementos heterogéneos, de los cuales una vez prevalece uno y otras otro. Incluso, las mismas personas pasan, con facilidad, de una actitud religiosa para una actitud mágica y viceversa.

Ya he explicado lo que entiendo como "religión", en la medida en que expresa una actitud básica de reconocimiento y acatamiento de la Divinidad. Añadamos que, además de esa actitud, las religiones exigen fidelidad a un conjunto de creencias que, casi siempre, están unidas con una práctica ética determinada cuya transgresión puede implicar sanciones dentro del grupo religioso. Esa fidelidad lleva normalmente a la formación de comunidades o grupos que, en nuestro medio, reciben frecuentemente el nombre de "iglesias", con una conciencia de identidad propia. La religión, en general, indica un camino de "salvación", es decir, un medio de superar, a través de una relación especial con la Divinidad, las debilidades más profundas

⁵ Para una visión más completa de las diversas tipologías propuestas por los autores que se ocupan con este tema, cfr. M. INTROVIGNE, *Le Nuove Religioni*, Sugarco Edizioni, Milano 1989.

del ser humano, es decir, el pecado, con su secuela de sentimiento de culpa, y la muerte. Unas religiones pueden ser más exclusivistas o sectarias que otras. Normalmente, en sus orígenes, tienden a una diferenciación mayor y exclusiva en relación al mundo circundante. Sin embargo, en la medida en que se institucionalizan, se vuelven más tolerantes y acogedoras. Las religiones usan lenguaje simbólico, mediante el cual se significa la presencia de la Divinidad, pero sin pretender dominarla.

Por otro lado, cuando hablo de "movimientos cúltricos", me refiero a grupos de tendencias religiosas, o sea, con un reconocimiento explícito de la Divinidad, pero en los que la búsqueda de lo útil inmediato prevalece sobre la adoración, el respeto y el servicio. Las explicaciones doctrinales, incluso las de carácter ético, no desaparecen por completo del horizonte de esos movimientos, pero se refugian en un plano secundario, casi sólo justificador, para el público externo, de la alegada conexión con las grandes tradiciones religiosas. Los movimientos cúltricos se encuentran, por eso, a mitad de camino entre la religión y la magia, pues hay una en ellos una tendencia clara a dominar, con fórmulas "infalibles", el poder divino de obrar milagros. Como es lógico, dadas esas características, no forman verdaderas comunidades o iglesias. Se contentan con la apelación inmediateista, saliendo al encuentro de las necesidades momentáneas. Incluso eso se refleja en la terminología empleada por ellos mismos. No anuncian cultos o celebraciones, sino "sesiones", "trabajos" o "concentraciones". Por eso, pueden ser considerados básicamente como "agencias suministradoras de servicios religiosos". Como la realidad es fluida, es posible que, poco a poco, vayan creando una clientela fija e incluso que lleguen a evolucionar hasta transformarse en verdaderas religiones. Generalmente, en los movimientos de este tipo, el papel del líder carismático, vivo y actuante, dotado, según la apreciación de sus seguidores, de dones proféticos y capaz de obrar prodigios, es fundamental. Su desaparecimiento puede llevar a la desintegración del grupo.

Por su parte, la "magia" es la actitud de quien encara la realidad sobrenatural no como objeto de veneración y sí como fuente de poder o de terror. La persona que adopta una actitud mágica intenta apropiarse fuerzas que se encuentren por encima de la realidad humana, o desea protegerse contra un influjo maléfico. En esos

casos, la concepción metafísica del cosmos que esa persona pueda tener es casi secundaria. Se construyen sólo visiones parciales de la realidad, que sirvan para interpretar el mundo de lo cotidiano. Lo que importa no es saber explicar el universo sino dominar o alejar de sí ciertas fuerzas suprasensibles. Llévase además en cuenta que la actitud mágica es compatible, si no en la teoría por lo menos en la práctica, tanto con profesiones de fe religiosa, como con el indiferentismo o el agnosticismo. Es perfectamente conocido el hecho de que personas notoriamente arreligiosas o antirreligiosas, como Hitler o Stalin, consultaban con frecuencia adivinos, brujos y astrólogos. La ciudad de Turín, el mayor centro industrial de Italia y de cuño claramente anticlerical, es actualmente la que posee el mayor contingente de adivinos y videntes de toda Europa. Y, en el extremo opuesto, un buen número de políticos brasileños, que se presentan como profundamente religiosos, no dudan en tener sus videntes particulares, para echar las cartas o los "buzios" y hacer predicciones.

Dejando de lado la división tradicional entre magia blanca y magia negra, que no tiene verdadera consistencia, podríamos distinguir dos corrientes principales de carácter mágico: los movimientos gnósticos y la magia práctica. En los movimientos gnósticos, el dominio de la pretendidas fuerzas sobrehumanas y hasta la propia salvación, en el sentido religioso de este término, se alcanzan a través del conocimiento (*gnosis*). Pero se trata de un conocimiento transmitido ocultamente, en el interior de un círculo iniciático. El conocimiento gnóstico no es dado de una sola vez, sino en etapas, que se suceden normalmente en ritmo bastante lento. La masonería es el grupo que ha sabido organizar mejor, en los tres últimos siglos, tal tipo de iniciación, pero también encontramos algo parecido en los rosa-cruces y en algunos movimientos cúltricos brasileños recientes, como el Santo Daime o la Unión del Vegetal. En la magia práctica, por el contrario, las acciones simbólicas, que se pretende que sean infalibles, están orientadas no tanto a adquirir un conocimiento teórico, sino a la obtención de resultados inmediatos, incluso en el caso de que no se tenga una idea clara de la relación de causalidad entre las unas y los otros. Claro que también es muy frecuente, para no decir que es una regla fija, que las enseñanzas mágicas sean transmitidas por medio de instrucciones secretas, para grupos de iniciados. En ese sentido, podemos decir que tanto el gnosticismo

cuanto la magia práctica son movimientos de cuño esotérico e iniciático. La diferencia está en que el primero se anida en el plano intelectual, mientras que la magia lo hace en el mundo de la acción.

Otra tipología posible para los nuevos movimientos de cuño espiritual sería la de clasificarlos de acuerdo con sus relaciones con el cristianismo. Tendríamos así tres clases diferentes: 1) la de los que tienen una base doctrinal cristiana sin la pretensión de poseer nuevas Escrituras, como es el caso de los pentecostales y neopentecostales; 2) la de los que se apoyan en nuevas revelaciones escritas, pero que continúan reivindicando la condición de cristianos, como sucede con los mormones o con la Ciencia Cristiana; 3) la de los que se originaron a partir de tradiciones religiosas no cristianas, especialmente orientales y que se difundieron casi siempre por obra de un líder que se presenta a sí mismo como especialmente iluminado y portador de un mensaje nuevo para la Humanidad. Como se percibe inmediatamente, en esta tipología, al contrario de lo que sucede en la que presentamos antes, prevalece el elemento estrictamente religioso, por lo que me parece que no es la más adecuada para la comprensión del fenómeno del pluralismo actual, pues ya decíamos que en él están incluidos también grupos de cuño espiritual pero no estrictamente religioso. Por eso, en las consideraciones siguientes, utilizaré exclusivamente la primera clasificación.

3. LA PRIMERA RAIZ DE LA ACTUAL FRAGMENTACION RELIGIOSA: EL INDIVIDUALISMO

En un trabajo anterior⁶, he intentado reflexionar sobre las causas que llevaron al crecimiento en el Brasil de los grupos religiosos no católicos. Allí me centré en indicar tanto las debilidades de la propia Iglesia Católica, como la acción de los grupos, especialmente los protestantes históricos o pentecostales, que se implantaron en nuestro medio ya en la segunda mitad del siglo pasado, pero que se

⁶ J. HORTAL, *A Igreja e os novos Grupos Religiosos*, Col. Estudos da CNBB, n. 68, Ed. Paulinas, 1993.

expandieron de modo acelerado a partir de la década de cincuenta del actual. Ahora, abriendo el abanico e intentando englobar incluso la gran variedad de movimientos de cuño espiritual de origen no cristiana y de carácter especialmente mágico e gnóstico, vamos a pensar un poco en las causas enraizadas en el propio ser humano, que, a mi manera de ver, son decisivas para explicar el nacimiento continuo y la expansión de nuevos grupos y denominaciones. Las examinaremos además llevando en cuenta el contexto neoliberal de nuestra época.

Dos me parece que son las raíces principales de la fragmentación creciente de nuestro panorama religioso y las dos se encuentran en relación íntima con los fenómenos sociales y políticos contemporáneos. Me refiero al individualismo radical - casi me atrevería a decir feroz - del hombre contemporáneo y a la inseguridad existencial que nos domina en la época actual. El individualismo se disfraza, ante la conciencia del individuo, de justificador de la falta de adhesión y de fidelidad a una Iglesia y de la ausencia de un credo coherente. La inseguridad, por su lado, impulsa a una búsqueda sin fin de un suelo firme que se apoye en algo más sólido que la amenazadora realidad social sensible.

Toda la época moderna se caracteriza por una exaltación del ser humano. No en vano, los comienzos de la Edad Moderna se identifican con el "Humanismo". Ese movimiento de ideas, que tuvo su momento inicial en el Renacimiento y que llevaba en su seno una raíz tan profundamente cristiana como el reconocimiento de la dignidad de la persona humana, se acentuó, en primer lugar, en el siglo XVIII con la ideología de la Ilustración, defensora de la autonomía de la razón. Prosiguió en el siglo XIX con el liberalismo doctrinario, que elevó a la categoría de dogma la libertad de conciencia, entendida como libertad de aceptación o de reyección de la verdad objetiva. "En algunas corrientes del pensamiento moderno, se llegó a exaltar la libertad hasta el punto de que la tornó un absoluto, que sería la fuente de los valores"⁷. Esa tendencia se acentúa todavía más con los movimientos democratizantes de la segunda mitad de nuestro siglo, que, por medio de la fórmula "cada persona un voto", sueñan

⁷ JOÃO PAULO II, Encíclica *Veritatis Splendor*, n. 32.

con resolver todos los problemas de la Humanidad. Encuentra finalmente su ápice en el actual neoliberalismo, que parece ser la consigna de nuestros días. El individualismo se acaba fortaleciendo todavía más por causa de la organización económica contemporánea, que coloca a disposición de los compradores esos gigantescos templos del consumo que son los supermercados e hipermercados, con una variedad cada vez mayor de productos, de las más diversas marcas y modelos. La publicidad, por su lado, se encarga de hacer constantes llamamientos a probar de todos ellos. Dentro de ese marco, nadie se siente obligado a continuar a consumir indefinidamente tal o cual producto o servicio. Al contrario, los *slogans* publicitarios, centrados en modismos pasajeros disfrazados de impulsos juveniles, atraen para un lado o para otro. Cada cual se ve obligado a hacer selecciones constantes sobre lo qué y cómo consumir.

Dentro de ese contexto neoliberal, también podemos ver una oferta y una demanda religiosas. La oferta tiende a diversificarse, de acuerdo con las tendencias del "mercado"; y la demanda se orienta para bienes perecibles, de consumo efímero. Ya no se busca el artículo religioso "durable", sino el "desechable", el menos comprometedor, el que esté más de acuerdo con la moda. Incluso se propaga actualmente en el campo religioso la idea del *do it yourself*, de la capacidad de cada individuo para construir su propio mundo de creencias, a partir de piezas que se pueden adquirir separadamente. Cada uno monta, por así decir, su propia religión, de acuerdo con las necesidades del momento. El credo de la persona ya no se encuentra determinado por lo que pueda decir tal o cual Iglesia, sino por una elección individualista, por una selección personal de quien proclama su fe, que no siempre es coherente y armónica. Por eso, puede haber "católicos" que crean en la reencarnación o "protestantes" que visiten santuarios y hagan peregrinaciones a lugares de apariciones marianas o de milagros⁸.

⁸ Es muy instructivo a ese respecto el sondeo de opinión del Instituto Gallup del Brasil: cfr. J. HORTAL, "Panorama e Estatísticas do Fenômeno Religioso no Brasil", en *A Igreja Católica diante do Pluralismo Religioso no Brasil (I)*, Col. Estudos da CNBB, n. 62, Ed. Paulinas, São Paulo 1992, p. 21-24.

4. LA SEGUNDA RAZ DE LA FRAGMENTACION RELIGIOSA: LA INSEGURIDAD DEL HOMBRE MODERNO

Decíamos que la inseguridad es la segunda fuente de la actual fragmentación religiosa. De hecho, nuestro mundo, especialmente el mundo urbano, donde ya viven más de tres cuartas partes de los brasileños, se caracteriza por un profundo sentimiento de inseguridad. No es sólo la inseguridad ciudadana de los que vivimos en las grandes ciudades y leemos cada día la crónica policial, con su rosario de asaltos, asesinatos, estupros y violencias de todos los tipos. Es algo mucho más profundo, que podría ser llamado "inseguridad existencial". El individuo y la familia viven en un clima de inseguridad. Hasta la misma existencia se siente amenazada por la degradación de los sistemas de sanidad pública, por el desarraigamiento y el anonimato de los grandes edificios del centro o de los suburbios, por la falta de perspectivas ante la crisis económica, la corrupción política y la miseria y marginalización crecientes. La insatisfacción; la angustia, el miedo, la desesperación y las vacilaciones de todos los tipos son actitudes comunes no sólo entre los estratos más pobres de la población, sino también entre las clases medias. El empleo, la salud, la armonía familiar, las amistades, el hogar, que deberían constituir un suelo firme donde el individuo se pudiese apoyar, son muchas veces fuente de profunda inseguridad. En unas ocasiones, se encuentran vacilantes y a punto de naufragar; en otras, ya fuertemente degradados, no se les ve perspectivas de mejoría; en otras, en fin, cuando dan la impresión de solidez, se tiene miedo de perderlas.

Ese cuadro angustiante constituye un campo fértil para la acción de los grupos religiosos o parareligiosos, que suelen presentarse ofreciendo, de modo infalible, curas físicas y espirituales, éxito en la vía y progreso material. Las abultadas contribuciones económicas que normalmente exigen, bajo los pretextos más variados, son encaradas como una especie de inversión capitalista espiritual. Dios, dicen, acabará retribuyendo con generosidad todos los donativos ofrecidos. Las "iglesias" que actúan de ese modo, son vistas como una especie de banco, donde se puede abrir una cartilla de ahorros para el cielo. Esa inversión de capital puede servir para dos propósitos diversos: para obtener, a través de fórmulas mágicas, amuletos u

objetos sagrados, una receta fácil de dominio sobre las fuerzas sobrenaturales u ocultas, aunque no necesariamente divinas; o para conseguir el milagro fácil, atribuido teóricamente a la fe de quien recibe la gracia, pero con la insinuación explícita de la mediación decisiva del predicador o líder religioso. En el primer caso - el de la actitud claramente mágica o gnóstica - la variedad de productos ofrecidos es casi infinita: *jorei* (supuesta fuerza transmitida por la imposición de las manos en la Iglesia Mesianica Mundial), técnicas de meditación, yoga de todos los tipos, métodos de control mental, de "fludificación", "depachos" (ofrendas votivas en los cultos afrobrasileños), pases, talismanes, florales de Bach o de otro tipo, cristales, pirámides, inciensos, cartas, *buzios* (conchas y piedras para adivinación), dados y otros instrumentos para jugar la suerte, predicciones del horóscopo o de los *I-Ching*, contactos con maestros ocultos o extraterrestres, etc., etc. En muchas ocasiones, esas técnicas ni siquiera son transmitidas como algo religioso, sino como algo puramente "científico", por medio de conferencias, clases, seminarios y congresos. Actuando así, esos movimientos pretenden ser una expresión de la modernidad y del progreso. Promociones de ese tipo suelen ser frecuentes y los quioscos de prensa se encuentran llenos de revistas y publicaciones que intentan popularizar tales técnicas.

Por otro lado, el milagro fácil, casi automático, no se diferencia mucho de tales comportamientos mágicos o casi mágicos. Existen "Iglesias" y grupos religiosos que prometen la intervención directa de Dios en cualquier momento y en cualquier circunstancia. Basta, dicen, la "fe"; pero se trata de una fe hecha de voluntarismo e de autoafirmación, antes de que de adhesión profunda a la persona de Jesucristo; una fe que parece ser fruto del esfuerzo humano y no de la gracia de Dios, que nos convoca a su amistad. Cada vez con mayor frecuencia, en esas "Iglesias" - de las que el ejemplo más flagrante es la "Universal del Reino de Dios" - se distribuyen objetos "sagrados", como aceite, sal, rosas, fotocopias de billetes de banco "benditos"... No es raro ver en la televisión o escuchar en la radio a pastores milagrosos que piden a los oyentes que coloquen delante del aparato receptor un vaso de agua, que deberá ser bebido al terminar la emisión, con la promesa de que tal acto atraerá infaliblemente la bendición de Dios sobre la persona del telespectador o del oyente. Extremadamente aleccionador, a ese respecto, para comprender el afán de dominio que se encuentra por detrás de una llamada aparente a

la fe, es asistir en la TV a un culto de la Iglesia Internacional de la Gracia de Dios (del pastor brasileño Miguel Ângelo) o ver las emisiones adenominacionales de la pastora Valnice Milhomens. Esta lanza públicamente desaffos a Dios, exigiendo que resuelva, en un plazo determinado, problemas de desempleo, salud, discordias familiares o depresión psicológica. Es impresionante la convicción aparente que ella transmite a los telespectadores. No es extraño que persona angustiadas encuentren ahí la seguridad que estaban buscando; o incluso que se nieguen a cualquier examen crítico de la cuestión, con miedo de perder el piso firme sobre el que les parece que se apoyan.

5. UNA APRECIACION CRITICA

Es evidente que, desde el punto de vista cristiano, cualquier actitud mágica es condenable, porque equivale a colocar otras realidades en el lugar de Dios y, de ese modo, a negar la gloria debida al Creador. La magia conflictiva directamente con el primer mandamiento: "No tendrás otros dioses delante de mí". Nunca podremos concordar con tales actitudes, sea cual sea el nombre que adopten o el disfraz con que se presenten. Como ya decíamos anteriormente, la mentalidad mágica no procura servir a Dios sino servirse de El o de lo que se coloca en su lugar. Por eso, está emparentada con la vieja tentación de la soberbia humana, presente desde la época primordial: al pensar en dominar fuerzas ocultas y que superan el orden sensible, es el propio hombre quien se acaba colocando en el lugar de Dios. Del mismo modo, tenemos que rechazar la concepción de un Dios manipulable, infaliblemente sometido a la voluntad de predicadores y "misioneros" milagreros, pues, en el fondo, eso acabó siendo otra expresión de la misma soberbia y de la misma mentalidad mágica.

Pero, además de formular ese rechazo directo y claro de tales concepciones, no podemos olvidar que el caldo en que han fermentado esas actitudes es exactamente el del liberalismo doctrinario. Por eso, en una época de neoliberalismo, como la nuestra, resulta muy difícil, para no decir imposible, una vuelta completa a los valores cristianos. La adhesión firme a una fe que debemos reconocer que nos ha sido transmitida y no fabricada por

cada individuo, la solidaridad entre todos los seres humanos, el apoyo mutuo, con base en la caridad, la confianza en la Providencia no son actitudes de moda en nuestra sociedad individualista y consumista.

Sin embargo, me parece que hay otra consecuencia perniciosa de la fragmentación religiosa actual, de la cual debemos tomar conciencia. Creo que la actitud consumista en el campo religioso nos lleva a un abuso de lo divino y que ese abuso acaba provocando un cansancio de lo sobrenatural. Es algo semejante a lo que sucede en el campo sexual, donde el abuso y la banalización han llevado a muchas personas a la impotencia o a la frigidez. Del mismo modo, el abuso de lo divino acaba provocando descrédito de todo lo que pueda ser religión. Sobre todo entre las clases medias, aparecen, cada vez con mayor frecuencia, individuos cansados, que "están de vuelta" de todo; no creen, por lo menos de modo expreso, en nada definido, sino dudan de todo y de todos. Tengo miedo de que esa actitud acabe contagiando también a los estratos populares de la población, los cuales pueden llegar a sufrir una terrible desilusión, el día en que constaten que no es posible obtener el milagro con la frecuencia y la facilidad prometidas. Inclusive cuando no se llega a esas consecuencias, aparece y se extiende un debilitamiento del sentido de adhesión a una Iglesia determinada. Hay una relativización generalizada de la pertenencia a una fe: todas las Iglesias o grupos religiosos son considerados igualmente buenos; todos sería expresión del mismo Dios. Nuestro pueblo suele decir: "también son buenos, porque hablan de Jesús; lo importante es tener fe". No es por casualidad que las denominaciones pentecostales se han transformado en "Iglesias de alta rotatividad". La migración de una para otra es constante y tranquila.

Otro problema que se presenta con la multiplicación de los nuevos movimientos de cuño espiritual es lo que me atrevería a llamar *demonización* del mundo. En la mentalidad difundida por un buen número de ellos, los demonios se encuentran extendidos por todas las partes y están siempre actuando para conseguir sus propósitos. Tal concepción aparece muy claramente, por ejemplo, en los movimientos pentecostales, en los que la afirmación de la posesión diabólica es algo generalizado y la práctica del exorcismo forma parte de la vida cotidiana. Pero no se puede olvidar que

también está presente en los grupos de carácter mágico, para los cuales la tierra no sólo está poblada por seres invisibles benéficos, sino también maléficos. En este marco, da la impresión de que muchos predicadores de esos nuevos movimientos, a fin de conseguir una clientela mayor, multiplican los motivos de angustia, plantando diablillos por todas partes y afirmando que tienen el poder de vencerlos. Desgraciadamente, paralelamente con esa demonización, se va formando una mentalidad de irresponsabilidad personal. Si todo lo que sucede es obra del demonio, de un mal de ojo, de un exú (entidad de los cultos afro-brasileños) o de un espíritu maligno, ¿por qué tendría yo que arrepentirme cuando cometo una maldad? ¡Después de todo, no fui yo, sino ese otro principio del mal quien actuó en mí! Lo único posible, en esos casos, para volver a la práctica del bien, sería buscar la liberación, mediante la expulsión de ese genio del mal. Lo trágico es que, frecuentemente, para deshacer el mal se emplean métodos extremadamente violentos, incluso con malos tratos infligidos a las personas o con destrucción de cosas de más o menos valor. Otras veces, se recurre a la invocación de fuerzas malignas más poderosas, pero que, para actuar, exigen una compensación. Es así como se llega a los episodios de satanismo y hasta de sacrificios humanos de los que nos han dado noticias, en tiempos recientes, los periódicos.

Lo curioso es que, de manos dadas con esa demonización, se acaba provocando una actitud contradictoria con el mensaje que se pretende transmitir por medio de la predicación. Muchos grupos pentecostales, por ejemplo, se han empeñado, en el Brasil, en una especie de cruzada contra los cultos afrobrasileños, a los cuales identifican con el influjo diabólico. He oído en la radio a pastores que decían, con la mayor seriedad, que tal o cual fiel que acudió a ellos para recibir un exorcismo, tenía realmente un *exú* o una *pombagira* (entidades cultuadas en la Umbanda). También anunciaban que eran capaces de deshacer el mal de ojo y los *despachos* o encantamientos de los cultos afrobrasileños. ¿Será que no se dan cuenta de que, al hablar así, están prestando consistencia y credibilidad a esas supuestas entidades y a sus pretendidas fuerzas? Incluso cuando afirman la supremacía del poder de Jesús, queda flotando en el aire la afirmación implícita de la existencia real de tales "espíritus" y de su capacidad de actuar en el mundo.

Y ahora pensemos un poco más sobre todo lo que llevamos dicho. Si combinamos el individualismo religioso de que hemos hablado inicialmente con la preocupación por resolver los problemas personales cotidianos, que son fuente de angustia para nuestro tiempo, veremos, como consecuencia casi inevitable, la alienación política y social. No es por eso, por casualidad, que la introducción maciza de nuevos movimientos de cuño espiritual se haya dado, en nuestro medio, con la mirada complaciente de las dictaduras militares y que prosiga cuando todos cantan las ventajas del neoliberalismo. Los casos de Guatemala, Chile y Brasil son bastante ilustradores de esta afirmación. Si a esa alienación política y social acrecentamos la demonización de que hemos hablado, con su defensa de la irresponsabilidad personal, podremos ver hasta pueden llegar los efectos perniciosos de la nueva mentalidad.

6. ALGUNOS DESAFIOS PASTORALES

No podemos quedarnos indiferentes ante la realidad y las consecuencias que acabamos de describir. Son demasiado cuestionadoras para que las ignoremos. Vamos, entonces, a indicar algunas pistas de acción. Claro que no se trata ahora de volver a la mentalidad militante de las cruzadas, que felizmente no tiene lugar en nuestra época. Es necesario intentar construir una Iglesia más comunitaria y participativa, donde todos se sientan acogidos como en casa propia; una Iglesia de iguales, de hermanos. Una Iglesia capaz de desafiar, con su práctica y no sólo con su predicación, el individualismo neoliberal. "Acoger para evangelizar" fue el lema del VII Plano de Pastoral de la Arquidiócesis de Río de Janeiro, que podría servir como punto de referencia para muchas de nuestras actitudes. Es necesario que la Iglesia se haga toda ministerial, empeñada en una nueva evangelización, capaz de superar las grandes lagunas del catolicismo brasileño y latinoamericano. "Informar para formar" podría ser un lema para enfrentar la enorme demanda de respuestas presentada por tantos católicos que no crecieron suficientemente en su fe. Tenemos que llevar a los católicos a actitudes y experiencias de verdadera conversión, de opción libre y decidida, para que no continúen a vivir sólo de la herencia del pasado.

En otro orden de cosas, no podemos negar que, por detrás de las actitudes de tipo mágico que hemos descrito, se esconde una búsqueda, imperfecta sí pero real, del trascendente. Existe ahí una rebeldía contra la racionalidad inmanentista impuesta por la modernidad, en la que Dios se había transformado, como máximo, en una hipótesis teóricamente aceptable pero dispensable en la práctica. El hombre de la sociedad postmoderna, intenta escapar de los estrechos horizontes que le habían sido impuestos: sólo que envereda por un camino falso y acaba no encontrando a Dios, incluso si está intentando entrar en contacto con el "nuevo sagrado". Surge así una interrogación angustiante: ¿Cómo podríamos aprovechar esa ansia de lo sagrado, de forma que pudiésemos indicar el camino correcto y la meta exacta a los que todavía no los han encontrado? ¿Será que basta negar la consistencia de las creencias mágicas, para conseguir que la gente las abandone? ¿No habría modo de encontrar un punto de partida en ellas, para indicar un rumbo a los que están buscando una realidad desconocida; para enseñar a los que están desorientados la verdadera meta de sus esfuerzos? Este es un desafío de enorme magnitud que no podemos ignorar. En el nivel de la exposición de principios, el Concilio Vaticano II, nos dejó bien claro, en la Declaración *Nostra Aetate*, que la Iglesia Católica tiene que salir a buscar en todas partes las semillas del Reino, que están escondidas en las otras religiones. Pero lo mismo vale para los nuevos movimientos de cuño espiritual. Sin embargo, no olvidemos que semilla todavía no es plenitud de ser. Incluso con esa actitud positiva, tenemos que preguntarnos: ¿seremos capaces de conducir a esas personas hasta la plenitud?

Más difícil todavía es lidiar con lo que llamábamos cansancio de la religión. Porque ahí están minadas las bases para la comprensión de la verdad cristiana. De hecho, para las personas que entraron por ese camino, el cristianismo y hasta la religión, en general, son concebidos como algo que puede haber poseído importancia social en tiempos pasados, pero que ahora es algo trasnochado. ¿Cómo conseguir entonces despertar en esas personas un nuevo interés por la fe y la práctica religiosa? Mucho me temo que, en los próximos años aumente el número de los que se contenten con un vago sentimiento de búsqueda de algo más que la realidad sensible. El complejo fenómeno conocido como *Nueva Era* es un ejemplo claro del desierto religioso que se forma después de la peregrinación por

grupos diversos: Creo que ante esas personas, que casi siempre se encuentran movidas por angustias y necesidades momentáneas, para las que les parece que no han encontrado una respuesta adecuada en la Iglesia, tendríamos que tomar una actitud de escucha y solidaridad, de comprensión y de ayuda. Saber ir al encuentro de las angustias y ansias de nuestros hermanos, incluso en un medio hostil como es la sociedad de consumo, no es una expresión de oportunismo, sino de auténtica caridad cristiana.

Por otro lado, frente la demonización del mundo, tenemos que reafirmar el señorío singular de Jesucristo. Es Él mismo el que afirma: "Yo he vencido al mundo" (Jn 16, 33). La confianza en el Señor es la marca distintiva del cristiano. En lugar de fomentar el miedo y la fuga de las responsabilidades propias frente a la realidad que nos circunda, por medio de la atribución del mal a fuerzas demoníacas irresistibles, deberíamos repetir las lecciones del Evangelio, que, en ningún momento, admite excusas de ese tipo para los criados que esperan a su señor o para las vírgenes que está aguardando al esposo.

Sin duda, uno de los mayores desafíos que tenemos a nuestra frente, en el marco del fenómeno que estamos estudiando, es el de la nueva evangelización: ¿cómo anunciar hoy, con vigor redoblado, a Cristo? ¿Cómo llegar al nuevo milenio haciendo resonar en todo el mundo la voz inconfundible de Cristo? Si no prestamos atención, podríamos caer en la tentación de imitar técnicas empleadas por los nuevos movimientos de cuño espiritual y que parece que dan buenos resultados, aunque sean discutibles del punto de vista ético. Como también podríamos sucumbir a la atracción de fórmulas mágicas, buscando recetas infalibles para que los demás acepten nuestro mensaje. Sin embargo, nunca podremos olvidar que nuestro anuncio, el anuncio de Jesucristo, tiene una novedad propia. No podemos actuar como vendedores que desean acumular puntos en la gerencia de marketing o cobrar gruesas comisiones de ventas.

Por otro lado, no obstante los aspectos menos aceptable que hemos indicado, no podemos negar que, en muchos nuevos movimientos de cuño espiritual, existe una práctica de auténtica caridad y amor al prójimo. Claro que, en ciertos casos, podemos lanzar sospechas de promoción personal, a través de esas acciones, del pastor o predicador de turno. Sin embargo, siempre encontraremos

mucha gente movida por el auténtico espíritu de caridad. Saber apreciar todo lo que existe de bueno, tanto en el campo doctrinal como en la práctica y el testimonio frente al mundo es también un desafío pastoral. No sólo apreciar, sino buscar también la colaboración sincera a favor de los hermanos necesitados. Es verdad que el diálogo con muchos de esos grupos resulta difícil, para no decir imposible. Pero nunca deberíamos perderlo de vista, como una meta deseable.

¿Cómo responder a todos esos interrogantes? Con ustedes, lectores, está la respuesta.

Dirección del Autor:
Pontificia Universidade Católica do Rio de Janeiro
Rua Marquês de São Vicente, 225
22543 - Gávea
Rio de Janeiro, RJ
Brasil
